

JUEGO DE APARIENCIAS

La señorita Jenkins miraba la televisión ensimismada, con su gato descansando sobre sus piernas y la cabeza ladeada y acomodada en su cojín de fieltro. Desde la ventana abierta, los rayos del sol rebotaban contra la grisácea cabellera de la mujer desprendiendo brillos tornasolados que se veían reflejados en la cuidada colección de variopintas pelucas colgadas del perchero. Esta escena que tan familiar se aparece, tenía, no obstante, un elemento que desentonaba violentamente en la quietud y equilibrio de la sala. La señorita Jenkins no tenía el torso inclinado con despropósito, es más, no tenía otra opción. Su cuello había perdido toda rigidez tras la trayectoria que el 22 corto había descrito entre seno y seno tuneando su enjuto pecho. El hombre, alto, calvo y de nariz afilada, salió entonces de la penumbra, y recogió, con sumo cuidado, la peluca que portaba la mujer. Con un suspiro de resignación, observó las manchas de sangre sobre sus hebras, y cogió un recipiente con jabón de un rincón. Admiró el resultado y depositó el accesorio postizo junto a los demás, mientras lo observaba con la pupila dilatada, y un iris que parecía cambiar de tonalidad a cada segundo que pasaba, cada vez más claro, cada vez menos oscuro. Al fin, se dejó coger de nuevo por las sombras, depositando en el camino también su peluca.

El oficial miró desinteresado la habitación, y empezó a silbar distraído mientras el forense recogía muestras a tan solo unos metros de distancia. Bostezó, y salió presuroso con un cigarrillo entre los labios. Su compañero lo vio marchar y no pudo evitar clavar la mirada en el cuerpo de la señorita Jenkins. Resentido, reprimió un sollozo.

-Duele mucho -balbuceó.

-Es por nuestro bien Theodor. Era débil, cualquier día podía irse de la lengua. No en vano la he matado, sabes que no descuido detalles, para una gran mente nada es pequeño.

- Pues bien que la peluca acabó ensangrentada, ¿También lo tenía previsto?

El oficial irrumpió en la sala, miró desinteresado al forense y frunció levemente el entrecejo, entornando sus ojos azules.

- ¿Aún sigue aquí? Si no marcha tendremos que arrestarle.

El hombre de nariz afilada clavó la mirada en el armario abierto y en el perchero, tantos accesorios similares, tantas historias diferentes. Finalmente, se desvistió, como llevaba toda la mañana haciendo, para volver a ponerse sus ropas de oficial y poder acabarse la colilla.